

VIAJAR, CAMBIARÁ TU VIDA

10 LECCIONES QUE APRENDÍ
AL RECORRER EL MUNDO

ALAN X EL MUNDO



ALAN POR EL MUNDO

© 2023, Alan Estrada

Diseño de Portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar y David López

Fotografías de portada: Manu Manuti / iStock

Formación: Mariana Castro/ Contramarea

Imágenes: Archivo personal del autor

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2023

ISBN: 978-607-07-4853-0

Primera edición impresa en México: julio de 2023

ISBN: 978-607-07-4851-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

  **11**
PRÓLOGO

LECCIÓN 1


Ser niño de nuevo
17



LECCIÓN 2


La zona de confort
43



LECCIÓN 3


Contar historias, no países
79



LECCIÓN 4


Aquí y ahora
109



LECCIÓN 5


Vemos lo que somos
131



LECCIÓN 6


Viajar es también una responsabilidad
145



LECCIÓN 7



La diversidad
hace bello al
mundo

175



LECCIÓN 8



El nacionalismo
se cura viajando

205



LECCIÓN 9



El miedo

219



LECCIÓN 10



Todos los
viajes
terminan

245



265

AGRADECIMIENTOS



271

FOTOGRAFÍAS



La ventana que no abre

Uno de los sueños más frecuentes que tenía en mi infancia era volar. No importaba la situación ni el lugar, lo único que tenía que hacer era agitar mis brazos de la forma más ridícula posible y cuando menos lo esperaba estaba alzándome por el aire con una mezcla de poder y miedo. Podía verlo todo y a todos debajo de mí, era una sensación espectacular. Me deslizaba en el aire con tal destreza que me sentía poco más que un superhéroe. Amaba las noches en que soñaba que volaba. Me recuerdo yendo a la cama con ganas de volar, era mi sueño favorito y sabía que esa sensación solo era posible recrearla oníricamente.

Hasta que viajé.

El primer avión que tomé en mi vida fue un vuelo Guadalajara-Los Ángeles. Tenía nueve años. Recuerdo a la perfección el olor, la textura del asiento, los sonidos del motor y los inalcanzables compartimentos superiores donde los adultos guardaban sus pertenencias. Pasé noches enteras imaginando la comida que, según mi madre, era exactamente como la de los restaurantes pero en miniatura. Qué bueno que los vuelos se toman de vez en cuando porque nadie puede so-

brevivir comiendo alimentos miniatura. Imaginaba lo que se sentiría despegar, esa sensación de separarse del suelo para lograr uno de los actos más maravillosos que, en mi opinión, ha logrado la humanidad: volar.

Cuando me enteré de que viajaría en avión por primera vez mi cerebro infantil ya había creado en mi cabeza un escenario completo de cómo sería esa experiencia, incluido, por supuesto, el momento culminante de abrir la ventana para poder sacar la mano y tocar las nubes. La anticipación de esa experiencia era tan poderosa que no cabía en mi cabeza otra posibilidad que no fuera como la imaginaba. Con ese primer vuelo no solo descubrí el poder, a veces devastador, de la expectativa, sino también la desilusión.

El cielo era pequeño comparado con el tamaño de mi decepción cuando me enteré de que las ventanas de los aviones no podían abrirse. ¿Qué clase de diseño era ese? ¿Una ventana que no se abre? ¿Qué sigue, puertas que dan a una pared, escaleras que no llevan a ningún lado? ¿Quién había diseñado semejante tontería?

No podía creer que aquello que había imaginado durante días no fuera posible. Quería abrir esa ventana, quería ver si en realidad las nubes eran de vapor como me había dicho mi madre. Esta comprobación se vio frustrada por la noticia de que las ventanas de los aviones nunca han podido abrirse, se trataba de una «falla» de diseño en todos los aviones comerciales. Me parecía una estupidez y no había ninguna explicación que pudiera cambiar mi opinión al respecto. Los adultos a veces son tan tontos. ¿A quién se le ocurre poner ventanas que no pueden abrirse?

Me distraje del enojo y mis sentidos se alertaron por completo cuando las turbinas aceleraron a máxima potencia al inicio de la pista, estábamos a punto de despegar y mi cuerpo vibraba de forma descontrolada, no sé si por la fuerza de los

motores o por la desbordante emoción; era imposible saber cuál de ellas me sacudía más. Estaba a punto de volar despierto.

Y volé por primera vez. La primera de muchas.

Desde aquella vez me resigné a ver el mundo pasar por esa ventana sin la posibilidad de tocarlo. Aun así, la sensación era espectacular. Estábamos volando. Despegados por completo del piso, navegando por el aire en un acto que para mí no podía tratarse de algo más que de magia.

Darí lo que fuera por recrear las sensaciones que ese primer vuelo despertó en mi pequeño cuerpo. La expectativa, la sorpresa, el miedo y otras decenas de emociones que estaba descubriendo por primera vez, incluyendo el temor de un accidente —a esa edad ya había escuchado varias historias de terror—. Aprender a abrocharse el cinturón y a sentarme por única vez en clase turista sin que mis rodillas pegaran con el asiento de enfrente. Descubrir ¡mi mesa personal!, las revistas; me habían contado que algunos aviones modernos incluso tenían una tele enfrente de ti. No podía creerlo.

Ahora sería imposible contar cuántos vuelos he tomado, pero siempre procuro sentarme en la ventanilla para recordar aquel día en el que soñé con sacar la mano por la ventana para tocar las nubes y decirle a mi madre: «Tenías razón, están hechas de vapor».

Cuando somos niños todo es nuevo, todo es sorpresa y la imaginación rellena los huecos de información y experiencia que no poseemos. Jugamos a la vida, sin saberlo. Soñamos en grande, no necesitamos mucho más que aquello que creamos en nuestra mente y cuando experimentamos el mundo material nuestro cuerpo reacciona con una serie de sensaciones que no conocen límites en su expresión. No conocemos barreras ni limitaciones, el mundo se encarga de presentarnos todas esas estructuras con el tiempo. Soñamos, soñamos que

volamos y soñamos que jugamos. Soñamos sin límites y de manera incansable. Soñamos con descubrir el mundo.

Viajar nos ofrece la oportunidad de volver a soñar y ser niños de nuevo.

La capacidad de asombro

Alguna vez me preguntaron: «Si pudieras estar un día en la piel de un explorador del pasado, ¿a quién elegirías?». Sin dudar, respondí: «Johann Ludwig Burckhardt, el primer explorador europeo en Petra».

Petra es uno de los sitios del mundo que más me han impresionado, ver esta enorme ciudad tallada en las montañas de Jordania, rodeada de misticismo, de acantilados, cañones y colores imposibles es una visión que le roba el aliento a cualquier viajero, se merece por completo su título de nueva maravilla del mundo. Todos hemos visto alguna foto de Petra, algún video o documental, incluso hemos visto a esta maravillosa zona arqueológica aparecer en famosas películas. Es prácticamente imposible que llegemos a Petra sin tener al menos una idea de lo que veremos. Por eso la historia de Burckhardt me llama tanto la atención.

Johann Ludwig Burckhardt fue un viajero y explorador suizo que, además de todo, era espía. Se convirtió en el primer europeo en pisar la ciudad prohibida de Petra, un sitio que estaba reservado por entero para los lugareños con el afán de mantenerlo alejado de las rutas comerciales. Petra era una leyenda, un lugar que llegaba a oídos de los extranjeros como si de una fantasía se tratara, un relato maravilloso de una ciudad como no había otra. En una época en la que no existían los recursos visuales, la narrativa oral lo era todo, el Instagram de la Antigüedad. A través de la palabra se lo-

graban construir fotografías fantásticas en la imaginación de los exploradores. Los adjetivos eran los filtros, las caras de asombro, los *likes*, y la repetición del relato era la forma de hacerlo viral.

Se hablaba de Petra como de pocos lugares. En la Antigüedad, las anécdotas coincidían en que para llegar a esta impresionante ciudad había que caminar por un larguísimo cañón de piedra rojiza que el agua había esculpido con el paso de los siglos. Durante aquel recorrido podía observarse un admirable sistema de canalización de aguas que abastecía a la ciudad de tan preciado líquido en mitad del desierto, una maravilla de la ingeniería. El final de este cañón representa la entrada a la ciudad tallada en la piedra rosa del desierto jordano, la mítica capital del antiguo reino de los nabateos. Un lugar del que, hasta entonces, ningún occidental había sido testigo. Al menos en los últimos 600 años. De cierta manera, visitarlo significaba la muerte.

Desafiando todas las advertencias, Johann Burckhardt emprendió una expedición por el territorio de la actual Jordania disfrazado de árabe y con una identidad falsa. Johann era un hombre muy culto y educado, su dominio del idioma árabe lo hacía ideal para esta peligrosa y arriesgada aventura. Y fue así como en 1812, acompañado de un guía, se convirtió en el primer occidental en comprobar los fantásticos relatos sobre esta sorprendente ciudad.

Me tiemblan las manos de imaginar la adrenalina corriendo por las venas de aquel explorador suizo al comenzar a atravesar el imponente Siq, un camino de 1.2 km que lleva hasta la antigua ciudad. Imagínense por un momento llegar allí hace 200 años. Petra es de por sí impresionante, no importa cuántos videos, fotos o películas hayas visto sobre ella. Ahora imagina esto cuando tu capacidad de asombro sobre lo que encontrarás está intacta, cuando la única imagen en

tu cabeza es la creada por los relatos, las leyendas y los mitos. Estás arriesgando la vida por ver con tus propios ojos un lugar que nadie en tu continente ha visto antes. Estás a punto de observar un lugar que, si no fuera porque lo estás pisando, respirando, escuchando y contemplando, podrías jurar que solo habita en los sueños y en la imaginación de los narradores.

Tu corazón palpita a mil por hora. El sonido seco de las herraduras del caballo que montas hace eco en el cañón de piedra rosa que se levanta hasta 70 metros sobre ti. Tu respiración se agita, debes contener la emoción; si te descubren, estás muerto. Este territorio significa la muerte para todos los cristianos que tienen la osadía de invadirlo. Avanzas con una falsa identidad, la del jeque Ibrahim ibn Abdallah, y debes sostener la intención que te permitió dejar la caravana y adentrarte en la ciudad de piedra para ofrecer un sacrificio en la tumba del profeta Aarón.

Avanzas, el cañón se ensancha por momentos y luego se encoge como una gigantesca serpiente rocosa. El viento del desierto sopla entre las paredes de piedra como si el lugar fuera un instrumento inmenso. Intentas disimular el estupor mientras guardas en tu cerebro las imágenes que llegan a ti, es imposible tomar notas, es impensable hacer un dibujo, tu vida está de por medio. Debes confiar en tu memoria y conservar en tu cerebro cada nicho, cada figura, cada tumba que tus ojos pueden ver. Tu identidad no puede ser descubierta, debajo del disfraz está el asombro encarnado, la sorpresa agitada y el descubrimiento a flor de piel.

Al final del cañón, una impresionante construcción se asoma entre el espacio que dejan las dos enormes paredes. Tu corazón parece detenerse, el Siq termina y estás ahora en el equivalente a una plaza enorme frente a la que se eleva el edificio más impresionante de Petra: el Khazneh, hoy conocido

como El Tesoro. Un lugar excavado en la piedra de impresionantes dimensiones y detalles que te roban el aliento.

No puedo describir la emoción que me provoca tan solo pensarlo. Ver Petra por primera vez, antes que nadie en tu continente, cuando no existía la fotografía, cuando no estábamos bombardeados de información a cada segundo, cuando el mundo parecía avanzar más lento. Burckhardt debía confiar en su memoria para poder describir lo que vio, incluso cosas que hoy ya no se conservan. La Petra de Burckhardt ya no existe. Como el mundo que recorreremos tampoco se conservará tal cual para las próximas generaciones.

Burckhardt no dejó fuera los más finos detalles cuando plasmó en su diario todas las maravillas que observó. Le sorprendieron las tumbas reales, los sistemas de canalización de agua, el trato de la gente, las tonalidades de colores de todo el lugar y los olores que recorrían aquellos vericuetos. Nos dejó un testigo narrativo de esa visita que aceleró su corazón y acelera también el mío cada vez que recuerdo la historia.

Yo no tengo la valentía de Burckhardt ni tampoco su afán científico, pero admiro profundamente su labor, coraje y determinación en una época en que los peligros, riesgos y vicisitudes vividas son casi imposibles de imaginar para quienes vivimos en la era digital. Había algo que a Burckhardt le sobra: la capacidad de asombro.

La capacidad de asombro es una de las cosas que más nos hacen disfrutar un viaje. Anhelamos recorrer el mundo para visitar lugares que nos roben el aliento y nos provoquen un asalto emocional al verlos y recorrerlos. Sitios que hagan palpar nuestro corazón de la misma manera en que Petra lo hizo con Burckhardt. Queremos que cada país, ciudad o pueblo nos sorprenda, nos haga sentir.

Es completamente natural esperar esto de un viaje. Todos lo hacemos y es la razón principal de por qué los primeros viajes

resultan ser tan mágicos y transformadores. Somos niños anhelando ser sorprendidos por el mundo, aunque a veces nos topemos con que la ventana no puede abrirse. Pero también es cierto que mantener esa capacidad de asombro en una era en la que la información literalmente vuela por el aire es todo un reto.

No podemos ser Burckhardt, no vivimos en la misma época y por fortuna no tenemos que arriesgar la vida para disfrutar de una de las maravillas del mundo. Pero ¿cómo podemos trabajar nuestra capacidad de asombro para que no se agote?

Recurriendo a nuestro niño interior.

El lugar más feliz de la Tierra

Yo estaba tan emocionado como solo un niño de nueve años que está por conocer Disneyland puede estar. Trataba de crear en mi cabeza las imágenes de lo que mis ojos descubrirían por primera vez aquel verano de 1989. Las fotos del viaje de mi hermana unos años antes al «lugar más feliz de la Tierra» no me eran suficientes en una época en la que no existía internet, Wikipedia ni YouTube. Quería saber cómo era todo, dónde vendían los boletos, cómo llegar hasta allá y si Mickey Mouse podría platicar conmigo.

Mi hermana, 10 años mayor que yo, me decía que no recordaba cada detalle, que habían pasado muchos años y que había ido muy pequeña como para retener toda la información que yo le demandaba. Uno de los pocos episodios frescos en su memoria era un espectáculo de *Star Wars* que representaba una batalla entre los *Stormtroopers* y los *Jedi* a poca distancia del público. Yo no podía contener mi asombro:

—¿Tienen espadas láser de verdad? —pregunté sin cerrar la boca.

—¡Como en la película! —contestó mi hermana.

No podía imaginarme eso. Yo sabía que las espadas láser de tan famosa saga eran producto de efectos visuales de Hollywood, pero ¿verlo en persona? ¡Eso debía ser asombroso! Yo insistía en que me contara un poco más, mis ojos estaban abiertos como la boca de un payaso y la bombardeaba con decenas de preguntas sobre cómo eran las cosas, qué olor tenían y si se veían exactamente igual que en las películas.

Recuerdo a la perfección las imágenes que se formaban en mi mente con cada dato que me daban las personas que conocían ese lugar tan mágico y tan lejano. ¡Qué increíblemente ilimitada es la imaginación de un niño! Mi mente volaba al escuchar cómo aparecían y desaparecían fantasmas en La Mansión Embrujada; cómo, de acuerdo con la información de algunos testigos, una batalla pirata de proporciones épicas ocurriría mientras navegabas en un barquito que avanzaba de forma misteriosa. Hablaban de un desfile de luces, que se me antojaban estrellas que descendían a la Tierra para bailar entre nosotros.

No podía esperar para llegar a ese lugar. Contaba los días para poder volar, subirme a ese juego en el que se veía el mundo a tus pies mientras flotabas al más puro estilo de Peter Pan. Quería conocer el mundo entero en un paseo en bote, descubrir los fantasmas y hacer un crucero por la jungla con animales que, según los adultos, eran robots. En mi mente no existían murallas: si lo puedes imaginar, puede existir en Disneyland.

El viaje duró menos que un suspiro, no hubo fila que no valiera la pena hacer ni espera que no fuera recompensada. ¡Era real! Los piratas peleaban mientras yo atravesaba un mar de fantasía. Volé sobre Londres como Peter Pan y juro que los automóviles allá abajo se movían. Conocí el mundo sobre un bote y saludé a Mickey en persona, no me habló, y no fue

necesario. Recorrí la jungla entre elefantes e hipopótamos y hasta tuvimos que huir de una tribu de caníbales. Corrí, reí, abracé a mis padres y no paraba de darles besos y gracias, gracias y besos. Me empapé en una montaña, volé en una nave espacial hacia las estrellas y, aunque no lo crean, vi pájaros que cantaban como humanos. Conocí a los fantasmas que no espantan y me subí al tren más rápido del mundo. Al caer la noche, cientos de estrellas bajaron a bailar con nosotros en formas infinitas al ritmo de una melodía que aún me hace sonreír. Cuando pensé que todo había terminado, millones de luces llenaron el cielo detrás del castillo. ¡El primer castillo que vi en mi vida! ¡Espera! Hay algo ahí volando... ¡Es campanita! Lloré, quería tener sus alas para llegar a la torre de ese castillo y ver lo que había dentro. En ese lugar que parecía inalcanzable estaba yo, descubriendo por primera vez la felicidad plena y convencido de que no hay sueños demasiado grandes, sino mentes que se hacen pequeñas. Fui feliz, muy feliz.

Mi primer viaje al extranjero fue para visitar Disneyland: «El lugar más feliz de la Tierra», como su eslogan deja claro. Es de las cosas que más les agradezco a mis padres, la oportunidad de vivir esa magia cuando eres pequeño es algo indescriptible. Para nadie es un secreto que los parques de Disney ocupan la cima mundial en cuanto a entretenimiento y parques temáticos se refiere, y de verdad hacen todo lo posible para que tu experiencia sea mágica e inolvidable.

Disneyland tiene un importante valor en mis nostalgias, por lo que me atrevo a usarlo de referencia en este episodio. Hay algo en los parques de Disney que apela de manera inmediata a nuestro niño interior sin importar a qué edad lo visites; esa es la sensación que quisiera rescatar.

No te tienen que gustar Disney ni sus famosos parques de diversiones para entender el punto que quiero expresar. Pero

si hablamos de recuperar al niño interior, Disney sabe mejor que nadie cómo hacerlo.

No todos tuvimos la oportunidad de viajar de niños, de hecho, yo no volví a salir del país sino hasta que tuve la mayoría de edad. Sin embargo, esa experiencia se quedó tan clavada en mí que la tomo como referente siempre que siento que mi niño interior se está escapando.

Muchas de las lecciones que he aprendido al viajar se manifiestan primero como sensaciones, emociones, estados de ánimo o sentimientos de aguda profundidad que no logro entender del todo. Viajar nos regala eso. En este caso, la capacidad de asombro nos remite a nuestro niño interior, como cuando yo pensaba que las ventanas de los aviones podían abrirse. Dejarte sorprender es ser niño de nuevo, no importa si la sorpresa ocurre en un sitio creado de forma artificial, como lo es un parque fantástico.

Los parques de Disney son una maestría en turismo, hospitalidad y servicio al cliente. Son esos lugares aparentemente creados para niños al que casi todos los adultos desean ir. ¿Por qué? Porque nos sorprenden, nos remueven las emociones a través de un bombardeo de nostalgia y nos presentan la posibilidad de suspender la incredulidad valiéndose de la parafernalia teatral. Para muchos, es recordar que la magia existe.

Al recorrer los parques poblados de esos personajes que formaron parte de nuestra infancia es imposible no volver, aunque sea por un instante, a los momentos en los que soñamos sin ningún límite, cuando el mundo era tan solo un camino hacia adelante y jugar era nuestra única preocupación. Al entrar a estos parques nos permitimos, nos damos permiso de ser niños de nuevo porque estamos en el entendido de que todos los presentes tienen la misma disposición. Nos compramos unas orejas de Mickey Mouse para portarlas en la cabeza

durante el día entero junto con una playera colorida y nos decoramos con una parafernalia que en cualquier otro contexto podría parecer ridícula. Entramos en una convención grupal de que el mundo es un sitio mágico y solo queremos divertirnos, como cuando éramos pequeños.

Las atracciones están diseñadas para sorprendernos, ya sea a través de la tecnología, los efectos de sonido o una caída inesperada. Reímos de asombro. La tremenda sacudida mientras montamos Expedition Everest en Animal Kingdom nos arrebató una carcajada, la Sirenita en It's a Small World nos roba un suspiro y el saludo de Mickey en persona nos emociona como cuando teníamos seis años. Hemos crecido, pero Disney ha diseñado un mundo que nos regresa la capacidad de maravillarnos, que nos arranca expresiones de sorpresa con cada espectáculo, desfile y canción que formaron parte de nuestra vida temprana. No sabemos cómo, pero es esa sensación la que nos hace pagar el alto costo del boleto de entrada.

El poder de este sentimiento, ejemplificado a la perfección gracias a la magia de Disney, puede recrearse sin ningún problema en otro tipo de lugares. El asombro forma parte de la naturaleza, de la arquitectura, de las culturas, de la música, de la comida, del idioma, de las religiones y sobre todo de las personas y va intrínsecamente ligado a nuestras expectativas. El asombro es recibir todo aquello que no esperamos.

El asombro es vivir todo como si fuera la primera vez.

La primera vez

El libro *Azteca* de Gary Jennings tiene una frase en las primeras páginas que me encanta. Sucede cuando el protagonista viaja por primera vez desde su aldea a la gran ciudad, Tenochtitlan, y el padre muy sabiamente le dice: «Mira todo lo que

puedas, hijo Mixtli. Tú puedes ver esta maravilla y muchas otras más de una vez, pero siempre y por siempre habrá solo una primera vez».

La primera vez que vemos algo es magia pura. La anticipación de conocer un sitio anhelado es indescriptible. En mis viajes hago todo lo posible para que la primera vez que veo algo sea un momento muy especial.

Uno de los videos más famosos de mi canal de YouTube es en Machu Picchu. La gente recuerda mucho esta visita, más por mi reacción que por las tomas del lugar o los datos que ofrezco. Machu Picchu era, por supuesto, el broche de oro con el que cerraría mi viaje por Perú. Conocer semejante zona arqueológica me robó el sueño más de una noche.

Para llegar a esta antigua ciudad inca hay solo dos opciones, caminar o llegar en tren a Aguas Calientes, el poblado más cercano a la zona arqueológica. Desde ahí solo queda subir caminando o en autobús hacia la entrada. Tomar el tren desde Cusco es la opción más popular y representa una excursión de todo un día que un par de miles de personas realizan a diario. Fue lo que yo hice.

El despertador sonó a las cuatro de la mañana, por suerte, la habitación compartida de mi hostel en Cusco estaba completamente vacía, así que no vacilé en hacer escándalo para prepararme para el gran día. Me disfracé de explorador, empaqué más de lo necesario y revisé tres veces si las baterías de mi cámara estaban todas cargadas. No me da pena decir que no me bañé, hacía mucho frío.

El corazón me latía a mil, las manos me sudaban y una mezcla de nervios y ansiedad invadía mi cuerpo; qué curiosa sensación da saber que tendrás un día especial. El taxi llegó puntual al hostel para llevarme a la estación de trenes. El cielo aún estaba negro y el frío de la montaña calaba en los huesos.

Llegué a la estación una hora antes de la partida de mi tren. Quería tener el tiempo suficiente para resolver cualquier contratiempo con tranquilidad. PeruRail tiene tres tipos de trenes que te trasladan a Aguas Calientes: el *Expedition*, que es el económico; el tren de lujo que lleva el nombre del «descubridor» de Machu Picchu, *Hiram Bingham*; y el *Vistadome Observatory*, un tren de precio intermedio con techo de cristal para apreciar el paisaje en el recorrido, este último es el que yo tomé.

Amo los trenes, me fascinan, es mi modo de transporte favorito. Hay algo en ellos que me da tranquilidad. Los trenes no se pierden, anuncian las estaciones, los baños casi siempre son mejores que los de un autobús o un avión, puedes trabajar, puedes caminar, y te permiten observar el paisaje sin obstrucciones. Pero durante este viaje en tren yo estaba muy ansioso, necesitaba llegar, no podía esperar a ver esa maravilla del mundo por primera vez. Ese es uno de mis muchos defectos, soy muy impaciente.

La mañana del viaje, el tren se retrasó 90 minutos, así que, mientras trataba de disimular mi desesperación acompañada del síndrome de piernas inquietas, leía mi guía de viaje sobre el sitio arqueológico mientras estudiaba con detenimiento el mapa y el recorrido que haría. Cada minuto de retraso amenazaba con modificar mi estado de ánimo, pero la ilusión me ayudaba a mantener la compostura.

El viaje hasta Aguas Calientes duró menos de dos horas, me bajé a toda prisa del tren para dirigirme al autobús que me llevaría a la puerta de la zona arqueológica. Iba tan clavado en llegar a mi punto de destino que no presté atención absoluta al pueblo. Me subí al autobús, pero como fui el primero tuve que esperar a que se llenara para poder partir, lo cual representaba otra prueba para mi paciencia. El síndrome de piernas inquietas a tope.